



El viernes 10 de septiembre cumplió don Francisco A. Encina 80 años. Sumó el historiador, a las para mí innumerables muestras de aprecio, una de las más valiosas, al invitarme a almorzar con él en día tan señalado. Disfruté, como siempre en su compañía, momentos estupendos. Y, de la intensa conversación, surgió un paralelo ostensible entre su obra y la de Pérez Rosales. Buscamos la causa. No fué difícil hallarla. Son los dos chilenos que mejor han encarnado el ideal del hombre de acción y el de contemplación. Al finalizar este almuerzo inolvidable, pensé reunir algunas notas que me ayudaran a interpretar el fenómeno. Son las que siguen.

En los diversos homenajes que se rinden estos días a los 80 años ejemplares de don Francisco A. Encina, se han hecho algunas alusiones a sus muchas cualidades. Creemos que no se insistirá bastante sobre dos de ellas: la inquietud por la observación directa de las cosas y la energía sobrehumana, traducida en una capacidad de trabajo inverosímil.

Puede ser discutible la ley (oseudo ley) sustentada por Ortega y Gasset, de que la compensación con el sentido histórico de la vida puede permitirnos atisbar el futuro. En las anticipaciones de don Francisco Encina, que conocemos, la ley se cumple con exactitud impresionante. Hace más de 40 años, en "Nuestra Inferioridad Económica", vaticinó el apogeo del cobre, los peligros de una política similar a la del salitre, y las consecuencias que la superditiación a una riqueza pasajera entrañaría para el desarrollo económico del país. El tiempo y los hechos le han dado la razón. En 1940, apenas iniciada la última gran guerra, le pregunté acerca de su desarrollo y desenlace. Me contestó:

—Alemania será derrotada, pese a su poderío y a las batallas hasta ahora ganadas. Inglaterra desaparecerá como gran potencia rectora mundial. Los Estados Unidos multiplicarán enormemente su importancia. Una línea, casi recta, unirá el Báltico y el Adriático, dejando a la derecha a Rusia, el otro costado. Después vendrá el choque entre los dos gigantes. Apenas erró en cuanto a Yugoslavia. El resto del vaticinio se ha cumplido... o está a punto de cumplirse. Situemos, para calibrarlo mejor, en 1940.

La otra gran directriz en la psicología de don Francisco Encina es el sentido de la realidad, incubado desde sus primeros años en una angustiosa inquietud por los fenómenos de la naturaleza y en un desprecio por lo que él calificó, con su gracia inventada, de "fórmulas de ropa hecha". En el prólogo a mi "Resumen" traje a colación algunos episodios estupendos de su infancia, como el del cráneo del indio aparecido entre las raíces de un naranjo chilo, al arrancarse este árbol del huerto casero. En él veía el niño precoz la explicación más palmaria del gran ciclo de la materia. El chasco de la "nieve tostada", ilustra sobre sus citados recelos contra la letra impresa.

A los 4 ó 5 años jugaba frecuentemente con una amiguita de su misma edad que, mujer al fin y al cabo, era mucho más avisada que él y lo ilustraba con sus observaciones y lecturas. En el viejo albario de Sarmien-



 * DON FRANCISCO A. ENCINA *
 * POR LEOPOLDO CASTEDO *



te saboreó la nieve un breve cuento, tejido alrededor de la "nieve tostada" al horno.

—No puede ser —dijo él, y corrió a la casa de su tío, don Diego Vergara Correa, que tenía una heladería, para pedirle un poco de nieve cordillerana, con la que todavía se hacían los helados que deleitaran a Byron y a los viajeros del siglo XVIII.

—Toma la que quieras, Pancho —le dijo el tío.

Felix, intrigado, ansioso, llegó el niño con su puñado de nieve a la casa, y, ante la estupefacción de los parientes, la introdujo en el horno de la cocina. Una mezcla de desilusión y de euforia lo invadió al comprobar cómo se derretía. Y las risas estrepitosas de su amiguita, al oír el desentlace, lo afirmaron en su convencimiento de que, para lograr un "huelo valadero", es necesario comprobarlo directamente. De aquí su concepto peyorativo del profesor a lo "Sanudo Carrasco", la compulsión de algunos de sus maestros con los caracoles que su abuelo, como buen francés, cultivara con esmero y que le valió más de un coscorrón.

Esta inquietud trepidante animó su infancia y primera juventud. Le atraen la biología, las ciencias físico-químicas. Un día vuela al laboratorio del Liso de Talca. Durante la guerra del Pacífico juega con cañoncitos de verdad, fabricados con tubería de agua potable, que destruyen, con el cartón de una "O'Higgins" en miniatura, algunos vidrios. La metralleta cayó en una paila rebosante de caldo hirviente de arroz, que abrasó a dos infortunadas y ancianas sirvientas. Hay un torrente de vida que se empapa de la vida misma. Y la serenidad y la madurez se decantan en otro de sus grandes atributos: la inverosímil capacidad de trabajo.

El Durazno es un hermoso fundo, cerca de Las Cabras. Hace pocos años apenas tenía valor agrícola. Hoy lo cruzan senderos destartados y canales, en sus bodegas se ven siempre rimeros enormes de sacos, la maestría semeja la de un ferrocarril. Durante mis

prolongadas visitas al fundo para leerle el "Resumen" y corregirlo, salimos más de una vez a pasar a caballo, él en una yegua robusta, sobre la que se encarama como un muchacho. Mientras yo me bañaba en el bellísimo tranque, don Francisco iba a ver una anquila, daba órdenes para la cosecha de la papa, vigilaba la fauna de desmalezar unos potreros. Al regresar, me ilustraba con sabiduría y sencillez sobre su campo y su paisaje. Estas jornadas inolvidables me permitieron aprender sobre Chile lo que no hubiera encontrado en libro alguno, salvo el suyo, naturalmente.

De vuelta a las casas íbamos a su pieza, sobria como una celda ecuatoriense. Sólo se veía en ella lo indispensable, en encantadora y abigarrada mezcla con libros y cuartillas. Junto a la ventana, convertido el alfiler en anaquel, don Francisco, para descansar, me leía las páginas deliciosas de los amores de Bolívar con Manuelita Sáenz. Después, me acompañaba al comedor. Mientras yo me alimentaba, él sorbía una taza de té simple y seguía obsequiándome, con su deliciosa conversación. A la hora de dormir, se iba a su pieza... a seguir trabajando.

Nunca supe cuántas horas duerme don Francisco. Sólo, el hábito, me decía a la mañana siguiente: "haya salido temprano". Temprano, en el campo, son las 5 ó las 6 de la madrugada.

Yo me levantaba, naturalmente, a horas más ciudadanas. Hacía las 9 regresaba con Francisco de su largo paseo a caballo. A veces venía con las piernas caídas, porque había tenido que atravesar un estero. Sin tomar descanso, trabajábamos en el "Resumen" hasta mediodía, hora en que Sósmo, mirando con insistencia un gran reloj de bolsillo que anda fuertemente, tocaba con ritmo digno de un Barrok las doce campanadas. Almorzaba fuerte, no menos de tres platos. Cuando le pregunté si dormía siesta, me contestó con una sonrisa. Revisábamos mis originales otro rato y, si no salíamos a caballo, seguía él en su Bolívar.

¡Dios, cuántos dieciséis horas! Nunca supe el límite de su capacidad de trabajo. Es difícil que se repita un fenómeno semejante de fortaleza física, de energía creadora y de equilibrio. Así se ha hecho su obra, en tensión y en flaqueza simultáneas. De aquella inquietud infantil, de la insaciable búsqueda de la verdad en las fuentes originales, de la autoexigencia cabal, surgió a la postre su sistema histórico. Don Francisco no usa papeletas. Lee documentos, cartas, textos primigenios, opiniones de los contemporáneos, a veces durante un año, sin escribir una línea. Y los deja reposar. Como tiene una memoria también inverosímil, los almacena en ella, se despreocupa, va a otras faenas de su actividad incansable. Mientras tanto se produce la sedimentación, la clave del fenómeno que le preocupa. Entonces se encierra y escribe. Escribo sin reposo, 200, 300 cuartillas... Semejante esfuerzo dejaría agotado a un ciclista. Para descansar, revisa reimpresiones, rectifica fechas, realza erratas. Ha corregido varias veces las pruebas de imprenta de sus veinte tomos.

¿Es aventurado afirmar que don Francisco A. Encina constituye un milagro?

L. C.

"ZIG-ZAG"

AUTORÍA

Castedo, Leopoldo, 1915-1999

FECHA DE PUBLICACIÓN

1954

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Don Francisco A. Encina [artículo] Leopoldo Castedo.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile